

FF.MM. / SABEN CÓMO COMBATIR A LA GUERRILLA, PERO NO AL ALCOHOL.

## El club de alcohólicos de camuflado

Un grupo de militares activos con problemas de alcoholismo creó un grupo de la doble A por fuera del Ejército, debido a que no pueden hablar de su enfermedad en la institución.

Dos veces por semana, trece militares activos realizan encuentros clandestinos en apartamentos de Bogotá. El grupo de uniformados no conforma un cuerpo especial para combatir a la guerrilla o a los paramilitares ni un escuadrón urbano contra el delito.

En sus reuniones planean la forma de combatir a un 'enemigo' que les ha hecho la 'guerra' por muchos años y al que consideran peor que las Farc o las Auc. Todos, de algún modo, se han visto involucrados en el alcoholismo.

Desde finales del año pasado, de manera espontánea y por fuera de las actividades del estamento militar, se reunieron varios oficiales y crearon el grupo denominado 'Camino de Libertad', de Alcohólicos Anónimos (AA).

Este es coordinado por un capitán retirado, a quien todos en el Ejército apodan 'El cura', porque alguna vez realizó estudios en un seminario.

Según los oficiales consultados, la mentalidad cerrada del círculo militar, los prejuicios y tabús, y la casi imposibilidad que existe en las Fuerzas Militares para hablar sobre problemas de alcohol, y más de drogas, llevó a este puñado de hombres de armas a consultar a 'El cura', inicialmente cada uno por su lado.

Uno de los oficiales que hace parte del grupo y que prefiere el anonimato, dice que aunque el Ejército intenta, con ayuda de psicólogos, algunas campañas de prevención, refociladas en carteles y charlas, los resultados son precarios.

"El soldado no le cree a alguien solo porque tiene conocimientos universitarios, confía más en ejemplos de vida que en cátedras magistrales", sostiene.

### Agresión y lagunas

"En general, los militares sentimos mucho temor de asistir a reuniones con grupos de AA, porque no queremos encontrarnos a compañeros o subalternos y quedar en evidencia", afirma otro de los integrantes del grupo.

Los 13 militares se han unido en una especie de hermandad, aún por encima de sus superiores y del medio en el que se desempeñan, donde el consumo de alcohol es una actividad más y constituye un sello de hombría, que en oportunidades ha puesto en peligro la vida de otras personas.



A LOS MILITARES, aseguran algunos integrantes del grupo, no les gusta asistir a Alcohólicos Anónimos por temor de encontrarse con superiores o subalternos y quedar en evidencia.

### CAMINOS DE LIBERTAD

El grupo 'Camino de Libertad', que integran 13 militares activos, toma elementos de Alcohólicos Anónimos, pero no está afiliado a esa institución sin ánimo de lucro.

"Ellos tienen un modelo de recuperación, al cual nosotros hemos agregado talleres, ejercicios, dinámicas, sobre el manejo de las emociones y otros temas de desarrollo humano", asegura un coronel que hace parte del grupo.

"Basamos nuestra recuperación en la espiritualidad, utilizamos textos como la literatura de AA, doce pasos, doce tradiciones, la manera de vivir en AA, pero añadimos el desarrollo de temas que tengan relación al manejo de nuestro problema", sostiene.

El grupo tiene un coordina-

dor, un secretario y un tesoro. Cada uno cumple tareas determinadas en función. No existen jerarquías y lo personal no se antepone a los intereses del grupo.

Los pocos recursos que recaudan 'pasando el sombrero', se utilizan para ofrecer un café, comprar literatura sobre alcoholismo o cancelar el préstamo de salones comunales para reuniones.

"Nuestro objetivo es invitar a militares en actividad, acercándolos a nuestro grupo o invitándolos a que asista a las reuniones de AA", agrega el coronel.

El coronel deja el siguiente correo electrónico para que los militares que tengan problemas de esta clase escriban: [plata\\_ayuda@yahoo.es](mailto:plata_ayuda@yahoo.es).

el incidente donde casi mato a una persona que discutía conmigo en la calle", agrega.

Cuando cumplió el tiempo de servicio y fue trasladado a Bogotá, la cercanía a sus amigos hizo que tomara con más frecuencia combinando, según cuenta, alcohol con asistencia a casas de lenocinio.

### El verdadero enemigo

"Un día desperté en un sitio rodeado de mujeres estúpidas y donde parecía que se había desarrollado algo así como una orgía. Presa del susto salí de allí como pude, tomé un taxi y me dirigí a la unidad militar a la que estoy asignado por suerte era domingo y no tenía que formar", cuenta.

Esa semana, afirma, la pasó preocupado y un mayor cercano a él, que se percató de su estado, fue el único que se atrevió a decirle en su cara que era alcohólico. "Solo escuchar esa palabra me ofendió y le respondí: mi mayor, respéteme!". En respuesta, ahúde, el oficial superior lo tomó del brazo y le recomendó que hablara con 'El cura'.

"Así supe de mi capitán. Al principio no quería hablar con él, porque pensé que era un psicólogo y solo confío en los que saben qué se siente en un combate", afirma. Hoy en día, el capitán Puentes hace parte del grupo AA de militares activos.

El oficial tomó la decisión de asistir a las reuniones y ya lleva seis meses sin probar una gota de alcohol.

"Mi verdadero enemigo -dice- es el alcohol. Está al acecho para tratar de dañarme, para desviar el rumbo de mi vida. A los otros enemigos, a los grupos armados ilegales, los combato sin problema, pero me niego sus tácticas. En cambio este, el trago, las cambia constantemente".

\*NOMBRE FICTICIO

A uno de ellos, el capitán del Ejército Freddy Puentes, comenzó a preocuparle su 'enfermedad' la noche en que, en plena calle, usó su arma de fuego para agredir a una persona con la que había discutido segundos antes y a la que por poco mató.

"No recuerdo bien las circunstancias, pues estaba como enlagunado", comenta este oficial de 33 años, a quien sus compañeros apodan 'pecho de lata'.

"Es que tengo suficientes cursos de combate y he sido condecorado en tantas ocasiones como para que mis subalternos me pongan ese mote", agrega.

"Me inicié hace 6 años bebiendo en grupo, cuando pertenecía a una unidad de Fuerzas Especiales y era corriente salir a permiso y ahogarnos en

alcohol. Luego, empecé a tomar solo. No necesitaba de un motivo, sencillamente sentía la necesidad de consumir trago sin parar", recuerda.

**'Llegué a extremos, como casi matar a una persona con la que discutí'**

posttraumático, después de los combates. "Soñaba viendo caer hombres, lo que me generaba gran ansiedad, temor y un sentimiento de inseguridad", dice.

En una unidad que en el argot militar se conoce como un "batallón de patio", el capitán tocó fondo. "Abí sí que llegué a límites extremos, pues ocurrió

### 'MIS COMANDANTES CELEBRABAN MIS BORRACHERAS'

Carlos\* tiene 44 años, de ellos 27 ha pertenecido al Ejército de Colombia. Actualmente es coronel, casado y con hijos.

Ha dirigido pelotones, compañías, unidades de contraguerrilla, unidades especiales y dos batallones. También ha sido miembro del estado mayor de diferentes brigadas y divisiones, y ha realizado todos los cursos de combate. Se le conoce como un "tropero".

Lo que él llama "su pesadilla" con el alcohol comenzó cuando era subteniente. En esa época, cuenta, los militares eran presentados en sociedad cuando llegaban a la región a donde eran trasladados.

"Mi presentación fue bochornosa, pues en el momento de hablar era tal el estado de alcohóricismo que no pude coordinar palabra alguna. Eso, antes que criticado, fue celebrado por el comandante de esa, mi primera unidad", afirma.

Según él, el comandante era conocido por su adicción al alcohol. Es más, le gustaba retar a sus subalternos a hacer lo mismo para mostrar "verraquera". En su unidad todo error se pagaba con una ponchera (invitación) y el pago era en licor.

"Para ese comandante, un oficial de vicaría era el que tomaba hasta la cuarta de

la mañana, iba al casino, se batía y a las cinco de la mañana estaba controlando la diana de su compañía", dice.

En esa época Carlos estaba en una zona de orden público. "Cuarteles, asegura, en los que la soledad y el aislamiento lo condenaban a uno a divertirse de cualquier modo".

De subteniente a capitán fueron frecuentes sus borracheras en las unidades. En algunas le tenían motes como, 'cantiña al hombre' y 'guarapo'.

"Me divertía armando camorra y disparando al aire luego de salir embriagado de bares y cantinas. Participé enguayabado en patrullajes y retenes", afirma.

El oficial cuenta que cuando nacieron sus hijos le prometió a su esposa que no volvería a tomar, sobre todo cuando ascendió a coronel. Dice que buscó ayuda de un capellán, pero lo trasladaron y no supo a quien hablarlo. "Es que a uno de comandantes le da pena que otros conozcan sus debilidades", afirma.

Después de pasar por varias unidades, el oficial fue trasladado a principios de este año a Bogotá y siguió con el problema. Por un coronel amigo suyo se enteró de que su esposa decía que ya no soportaba más la situación y que se iba a separar.

"El coronel me habló de 'El cura' y accedí a consultarlo. Días después recibí la llamada de un capitán en retiro", cuenta.

Al principio, agrega, le pareció extraño, pues le pidió que se encontraran en un lugar distinto al sitio de trabajo. El encuentro no fue amistoso, pues, según el coronel, el grado pesa y le molestaba que un subalterno le hablara de forma desprevenida sobre temas personales.

"El cura" le contó de su experiencia con el alcohol y le propuso asistir a una reunión con otros oficiales.

"Al llegar mi sorpresa fue mayúscula cuando encontré que los asistentes eran oficiales activos a quienes unía un solo sentimiento: alejar su problema de alcohol."

"Llevo un par de meses asistiendo, agrega, y siento que mi vida ha cambiado, he perdido algunos amigos, otros me creen asocial o me preguntan si ahora soy cristiano."

Aunque a mi esposa le ha costado trabajo, aliado, a vuelto a confiar en mí y apoyo mi recuperación. Tal vez lo más difícil recuperar la confianza, pero mis hijos están felices, creen en su papá, ahora tengo muchos proyectos y quiero colaborar con quienes sufren esta enfermedad".